

Acad. II
Esp-126

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. LORENZO RIBER CAMPINS

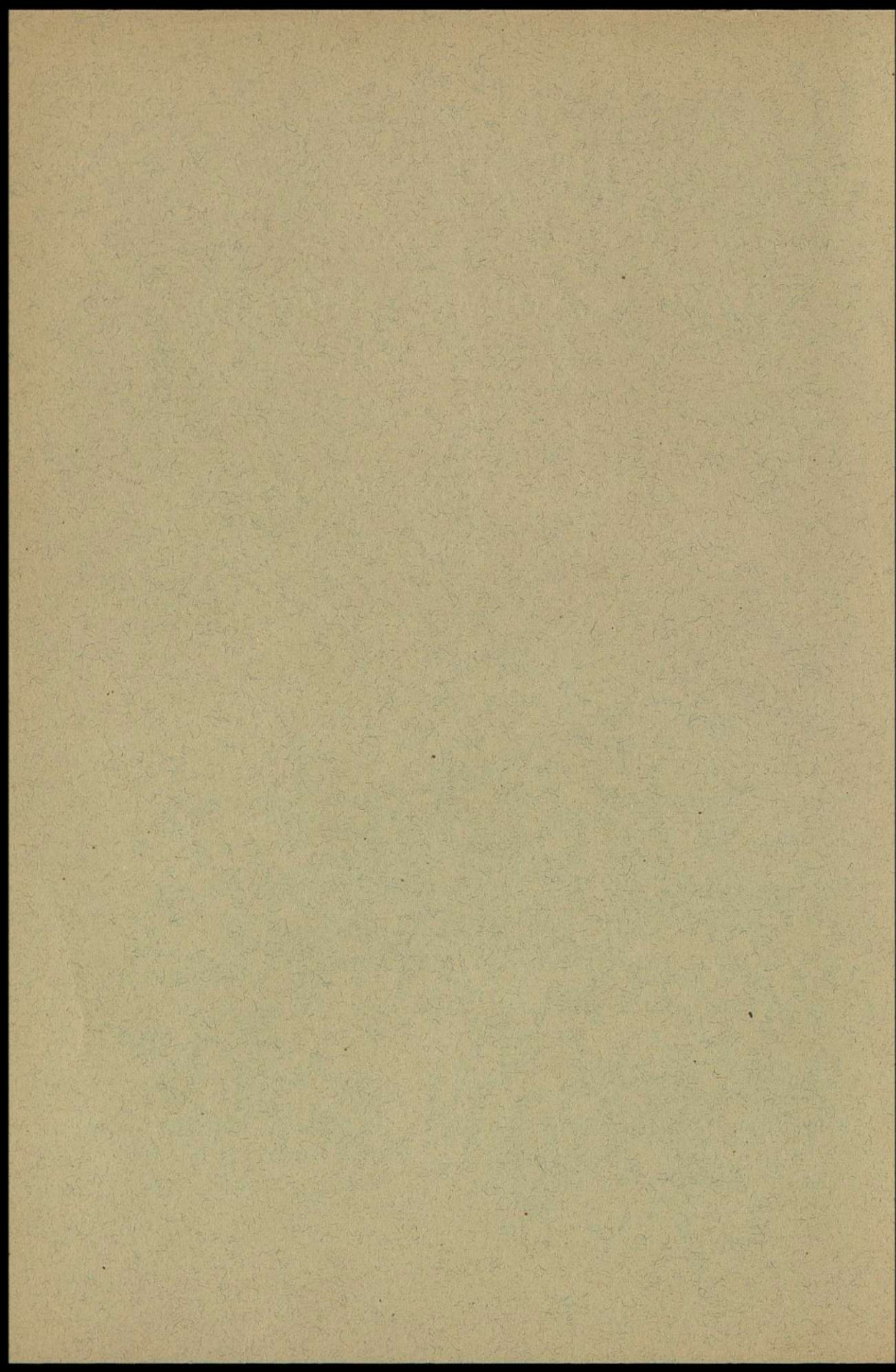
EL DÍA 9 DE FEBRERO DE 1930



IMPRENTA DE A. ORTEGA

Aribau, núm. 7

BARCELONA



R 40710

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. LORENZO RIBER CAMPINS

EL DIA 9 DE FEBRERO DE 1930

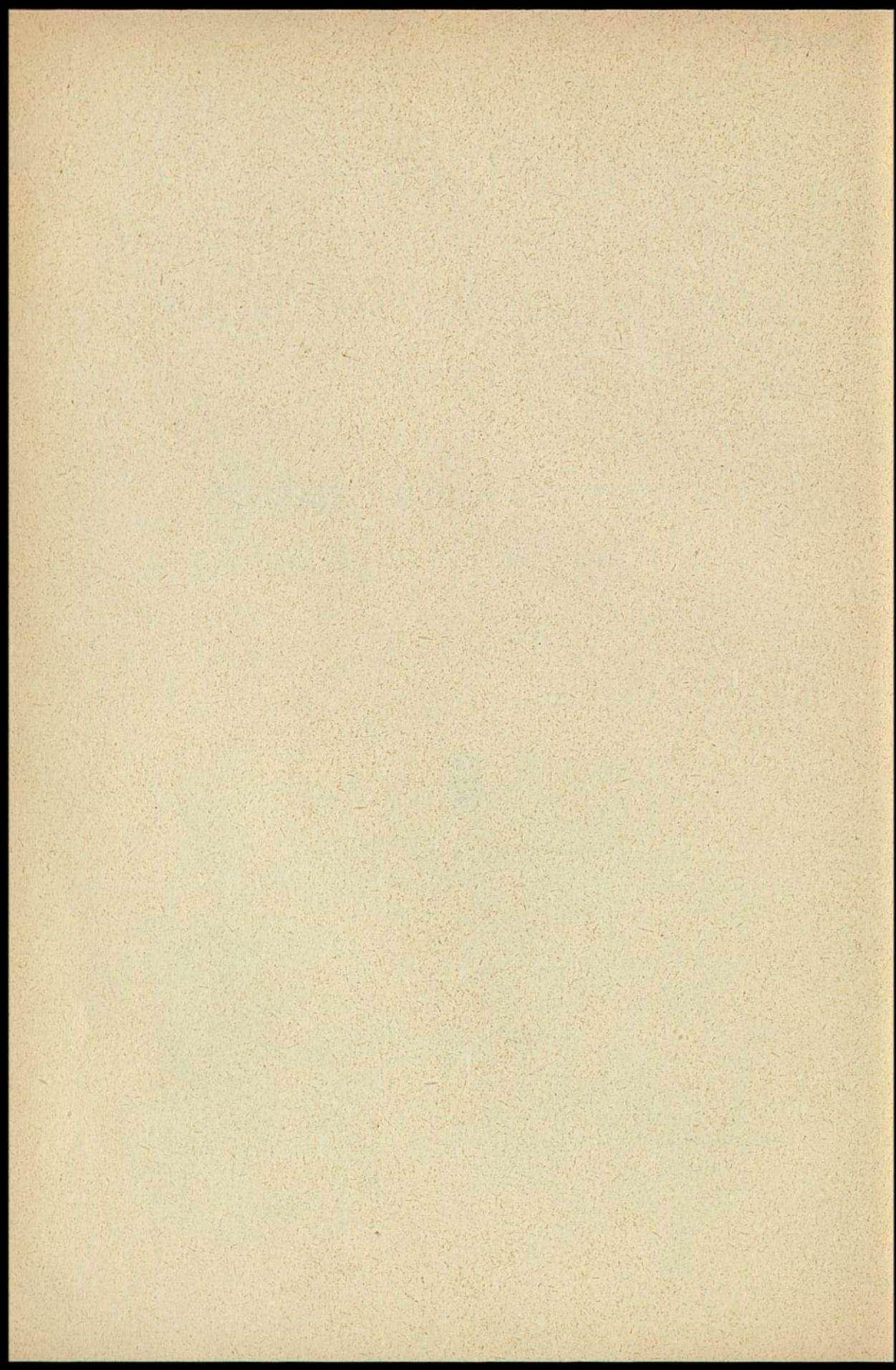


IMPRENTA DE A. ORTEGA

Aribau, núm. 7

BARCELONA





SEÑORES ACADÉMICOS :

En el infierno de Virgilio, las sombras que vagan por los amenos verdores del Elíseo, conservan los mismos afectos y los amores mismos que tuvieron acá arriba, cuando respiraban auras vitales. Si yo, para entrar aquí, hubiera tenido que llenar un vacío de aquellos que abre la muerte y los sella con su majestad; ahora temería. Temería que la inaplacada sombra volase, inulta e irritada, en derredor del asiento que yo habría tenido la osadía de detentar, con una ambición que se parecería mucho a un sacrilegio. No soy sucesor de nadie, por buena suerte mía. En torno de mi cabeza no vuela ninguna sombra no aplacada. No gravita sobre mí la columna de fuego de ninguna gloria. Este es el consuelo de mi oscuridad: que no deshonraré ni ofenderé a nadie. No enturbiaré ningún esplendor, ni seré infiel a ninguna herencia. No me acosará ningún aparecido glorioso, armada su mano con los fuegos negros de las Furias. Seré el primero de los míos; y será tarea harto fácil oscurecerme y eclipsarme a mí, cuando haya vuelto a la oscuridad originaria sobre la que habéis dejado caer un rayo súbito de vuestra luz.

Aliviado del peso de la responsabilidad de una sucesión desigual y empequeñecida, me ligaría a mí mismo con un grave reato de ingratitud, si en esta ocasión, tal vez la más alta de mi vida, no evocara el recuerdo de los dos egregios varones que han venido acá de aquella misma tierra de Mallorca que habéis querido que yo representara: el Reverendo Padre Don Miguel Mir y el Excmo. Señor Don Antonio Maura. A mi circunstancia de terrígena debo el alto honor de poder rendir a los dos egregios paisanos que me precedieron, este pálido tributo de justicia. Aquel que la hizo a tantos y sospesó el mérito de tanto, he nombrado a Sainte-Beuve, escribe: «Yo me imagino que en Grecia, antes de la edad de los elogios y de los panegíricos, cuando se era de la escuela de Xenofonte, loaba uno a sus amigos, con una palabra justa y ligera dejada caer al pasar.» No es con una palabra estricta y leve, dicha al descuido, que se pueden encarecer dignamente los múltiples merecimientos de los dos personajes que vinieron acá de la misma tierra de don-

de yo también he venido. Pero ¡de qué diferente manera vinieron! Menéndez y Pelayo, en una coyuntura como la de hoy, al recibir la Academia en su seno al Reverendo Padre Miguel Mir, pidió prestadas a Lope de Vega, aquellas palabras de bienvenida con que saludó la gloria gemela y la aparición de las rimas de los dos hermanos Argensolas: «Parece que vinieron de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana...»

De la isla de Mallorca en que tal vez se habla y se escribe *lo pus bell catalanesc del món*, según la frase de Ramón Muntaner (el Xenofonte catalán o el Alonso de Ercilla catalán, en el sentido de que él fué a la vez actor y autor de la epopeya), vino Don Miguel Mir a enseñar acá cómo se escribe el más lácteo y sabroso castellano. Don Antonio Maura vino acá a enseñar cómo se habla el castellano más noble e imperativo. De la pluma del P. Mir fluía una oración más suave que la miel. De la boca de Don Antonio Maura brotaba el manantial del verbo vivo, soflamado de pasión y vehículo de aquella persuasión, que los antiguos calificaron de dulce y ataron al cielo con una cadena de oro. Todo esto trajeron ellos; yo, habré traído no sé qué son ronco y peregrino que ofenderá vuestros oídos delicados y religiosos como los de los atenienses, según de la frase de Cicerón: yo habré traído algo así como aquel horrisono *stridor punicus* de que habla San Jerónimo. Es un pecado original en mí que borra vuestra bondad y de que yo no me sabría avergonzar demasiado, como tampoco sabría avergonzarme demasiado de mi rostro nativo.

Allá, en mis verdes años, tuve la fortuna de estar en proximidad y contacto con el Reverendo Don Miguel Mir que fué bibliotecario vuestro perpétuo. Como siempre tenía a mano el riquísimo tesoro bibliográfico de esta Academia y lo tenía a perpetuidad (con la menguada perpetuidad que hubísteis de lamentar demasiado pronto y que tienen todas las cosas de los mortales) y como moraba en la propia ciudad de los libros de quien era custodio y gobernador, halló en sí mismo fortaleza para consumir magnánimamente el sacrificio de desprenderse, a favor de sus coterráneos, de su propia copiosísima biblioteca, parte muy grande de su alma. Los que amamos los libros, los que vivimos de su dulce comercio y de su contacto fecundo, podemos medir la extensión y la intensidad del sacrificio del Padre Mir, al apartar de sí la mitad de su alma. Tanto monta levantar el cuchillo sobre Isaac, sobre Jefté o sobre Ifigenia. El confió la custodia de sus caros libros a la Real y Episcopal Biblioteca de Palma de Mallorca. Bajo su manto pre-

laticio los acogía complacidamente aquel noble obispo que se llamó el Doctor Don Pedro Juan Campins que tan bellas empresas promovió y que otras más altas hubiera acometido si una diócesis de más vasto regimiento hubiera sido confiada a la vigilancia de su cayado pastoral o una muerte llorada y prematura no hubiese encadenado el empuje de aquella su mano breve, fina y fría, en cuyo anular ardía el fuego suave de un crisólito, la piedra mística del Apocalipsis en cuya blanda firmeza se asienta el séptimo fundamento de la Ciudad de Dios. Yo entonces vivía no muy lejos del abrigo de la inmensa Catedral que surgió de un voto de Don Jaime el Conquistador y elevó al cielo el vuelo delirante de sus alas de piedra. Bajo el sol de estío, arde encendida por un lado como un candelabro de oro mientras que por el otro lado deja fluir por sus muros una penumbra clara y fresca, como una agua clara y fresca. La palmera y el cedro del Templo me cobijaban en su sombra levítica. Las cajas de libros del Padre Mir llegaban a la Biblioteca Episcopal solemnes y grávidas. Estallaban de tan llenas; como las granadas que desbordan de rubíes jugosos y de tesoros fabulosos. ¡ Con qué avidez y con qué avaricia sumergía yo mis manos en ellas, como en los costales de trigo egipciaco, en busca de la preciosa taza escondida! Ellas perturbaron con la brusquedad de una invasión, los altos y severos anaqueles en donde los Santos Padres, envueltos en anchos pergaminos, blandos al ojo y al tacto como un antiguo marfil, reunidos en asamblea muda, guardaban aquel silencio vivo y activo, aquel silencio apocalíptico, « como de media hora » del cual brota el raudal de las sentencias inmortales. Ni una mano diurna que los tocara y los desvelara; ni tampoco una mano nocturna. Los libros del P. Mir introdujeron en la impassibilidad de aquel concilio juventud y novedad, inquietud y estruendo; y en aquel convento de silenciosos metieron mundanal ruido y en el coral gregoriano los gritos ensordecedores de Estentor y aquel largo alarido de Filoctetes. Venían de la calle, engendrados por las disputas de los hombres. Entonces comenzaron a serme familiares los nombres ilustres que encuentro aquí, que nunca soñé que pudieran ponerse en lista con el pobre y oscuro mío. Hube de hurtar horas al sueño para leer La leyenda de los Siete Infantes de Lara, « La Tirana » el Alivio de Caminantes. Si de las furtivas lecturas nocturnas, más sabrosas porque eran vedadas, los ojos salían con mucha noche; el entendimiento habíase poblado de estrellas. Aquellos libros comunicáronme el amor de los libros. Comunicáronme el amor de los

clásicos castellanos y de los sabrosos arcaísmos que tienen son de oro y color de trigo candeal. El amor de los libros es un amor moroso y profundo. Durante las ánuas vacaciones estivales, cuando vuestro bibliotecario podía apartarse de la dulce y fecunda compañía de vuestros libros y poner un alto en sus tareas académicas, acostumbraba el P. Mir venir a ponerse en contacto como Anteo, con su madre tierra y a volver a gozar de la conversación y comercio de los que él separara de sí para que fueran a fructificar en otras manos y en otras mentes. Fué en aquel tiempo y en el recinto de la Biblioteca Episcopal en donde yo tuve la suerte de captar su sabiduría, parca de palabras y de beber su voz, escandida por largos silencios. ¡Oh dulces y frescos años idos! ¡Oh primavera y flor! Mi alma se abría cual un cáliz profundo que tiene sed de rocío. Las campanas de la Catedral, vasos insignes de devoción, las campanas de la Catedral —*vasa psalmi*— vertían sobre aquel recinto en donde moraba el grave Silencio, con un dedo sobre la boca, no sé que voces profundas de eternidad. Una luz verde cernida por los ramajes del huerto episcopal poblaba y hacía religiosa la estancia de los libros. Si acaso por el huerto cerrado, como en los días de la Sulamita se levantaba el Aquilón o soplabla el Austro, el vergel prelaticio derramaba su alma en mil efluvios y ofrecía mil olores al sentido. A veces toda la ingente masa del Palacio Episcopal que según la noble leyenda que ostenta en su frente, fué construído *ad Dei laudem et Patriae decorem* se estremecía desde sus fundamentos herida por el mugido melodioso y tenaz del tropel de las muchas aguas, al romper en los muros, del precioso color de las hojas del otoño. En medio de esta solemnidad, las palabras del P. Mir caían lentas y espaciadas. Yo las bebía, sentado casi a sus pies, con la docilidad de un pequeño Samuel o con la curiosidad de un joven Anacarsis.

Y del Excmo. Sr. Don Antonio Maura, ¿qué diré? Dios le negó aquellos ocios lentos del Títiro virgiliano, de que pudo gozar y que pudo hacer fértiles el P. Mir. Don Antonio Maura por un alto imperativo de su conciencia y por un indeclinable impulso de su vocación, hubo siempre de andar sumergido en el civil oleaje. Sólo una vez alcancé a verle en mi vida, en medio de su pueblo que le vitoreaba con frenesí. Era un varón romano de la estirpe de los Catones y los Régulos; un varón de Tito Livio o de Plutarco; merecedor de la encina civil. No era hombre que dejase o tomase la segur al antojo del aura popular. De en medio de su pueblo hervoroso y de en medio del trueno de los aplausos que le acompañaba,

emergía su figura prócer —*velut marpesia cautes*—, y en su frente quebraba la tempestad de los vítores con la vana percusión del oleaje. Presentóseme entonces como aquel varón justo y de propósito tenaz que ni el cielo derrocado en lluvia ni una catástrofe cósmica intimidarían :

*Si fractus illabatur orbis
impavidum ferient ruinae*

Ambos a dos, el Reverendo P. Miguel Mir y el Excmo. Sr. Don Antonio Maura ilustraron y engrandecieron el idioma glorioso que no era el suyo nativo. Ambos fueron lustre y decoro de esta Academia. Ellos por la potencia de la savia nueva obraron el milagro del brote fértil inserto en la corteza del árbol distinto que se lanza al cielo y expande su brava lozanía

maravillado del follaje ignoto
y de unos frutos que no son los suyos.

Horacio cuenta de sí mismo que, cuando allá en su juventud a pesar de ser *natus mare citra*, es decir, nacido del lado de acá del mar (este mar era el mar jónico), entreteníase en hacer versos griegos, que él mismo califica de pobres: *Graecos... versiculos*, apareciósele Quirino pasada la media noche, que es cuando dicen verdad los sueños, y le reconvinó de esta manera: «No fuera mayor locura llevar leña al bosque, que querer aumentar tú las gloriosas falanges de los poetas de la Grecia».

No abundan los Horacios en nuestras cansadas literaturas. Ni tampoco es frecuente el caso de que Calíope tenga que enviar al poeta infante las pródidas palomas augurales que le preserven de las picaduras de las víboras y de las saetas apolíneas, ni para guardarle de los osos, es menester que le protejan el sueño incauto debajo de las frondas nuevas. No a todos se muestra, entre los intersticios y rendijas del rompido sueño, la faz del Padre Quirino, celoso númen indígena temeroso en su cruda y verde senectud. Mas, todos los que nacimos del lado de allá del mar, allí donde muestran sus lomos los peces de Roger de Lluria, sentimos un día u otro, la voz del dios autóctono que se remueve y se despierta dentro de nosotros mismos. La augusta selva no necesita de nuestro haz ruín, ni las claras y espesas huestes han de ilustrarse con nuestros hechos oscuros. Y aún cuando pudiéramos alimentar la ambición de tejer grandes coronas, iríamos a colgarlas del muro fa-

miliar y a enguirnaldar con ellas el dintel conocido. El ineluctable imperio y la majestad de este dios inmortal y oscuro así lo quieren. Y nos enraizamos en nuestro breve patrimonio y aprehendemos la mano morena de Ruth. Y con un secreto gozo nos dedicamos a rehacer la modesta hacienda dilapidada y a resucitar la simiente del hermano que murió.

Sobre esta muerte se entonó un treno solemne, casi digno de Jeremías. Aquel que mereció bien de nuestra literatura peninsular y que tan sagazmente la siguió por sendas que aún no eran trilladas, Tikhnor, el gran hispanófilo norteamericano, al encontrarse en la mitad de su camino, con la anfractuosidad creada por el hundimiento y con la imponente verticalidad de un continente vacío, escribió estas palabras :

«La degradación y envilecimiento de los dos dialectos más cultivados en las comarcas del Sur y del Este de España, que comenzó en el reinado de los Reyes Católicos, no pueden considerarse como completos hasta el momento en que la sede del gobierno nacional establecióse primeramente en Castilla la Vieja y después en Castilla la Nueva. Desde este momento la superior autoridad del castellano quedó definitivamente asegurada y reconocida. El cambio no fué por cierto, ni injusto ni inoportuno. La lengua del Norte era, en aquella sazón, más llena, más robusta, más rica en construcciones e idiotismos ; y era bajo todos conceptos más apta y adecuada para ser la lengua nacional. Y sin embargo nos es muy difícil seguir los resultados de esta revolución, sin experimentar los sentimientos de una compasión bien natural. La lenta y progresiva decadencia y la desaparición final de una lengua, acumula en nuestra mente pensamientos de melancolía, que se avienen muy bien con la desgracia presente. Nos imaginamos que una parte de la inteligencia del mundo se ha extinguido. Que hasta nosotros mismos hemos sido frustrados de una porción de la herencia intelectual a la que teníamos, bajo ciertos respectos, tanto derecho como aquéllos que la destruyeron y que venían obligados a transmitírnosla tan intacta como ellos la recibieron. Un sentimiento parejo experimentamos por la pérdida del griego y del latín, al ver que los pueblos que hablaban estas lenguas se encumbraron al grado más alto de la civilización y dejaron, detrás de sí, estos monumentos que servirán a todas las venideras generaciones, para apreciar y compartir su gloria. Pero aun es mayor la lástima al ver que la lengua de una nación muere en plena juventud, antes de que su genio se haya cumplidamente desplegado, cuando los atributos de

su belleza comienzan a manifestarse y cuando por todas partes asoman y florecen las esperanzas del fruto cierto.»

Mas ¿quién no cree en la resurrección? Doblar a muerto es un oficio lóbrego y comprometido. Necróforos hay que son sobradamente oficiosos y crueles en su piedad. Camilo Jullian, el robusto y honrado trabajador marsellés, autor de la recia *Histoire de la Gaule*, a quien los trabajos profundos de investigación han puesto en tan íntimo contacto con los celosos númenes indígenas y con el genio de Vercingetorix y que ha ido, como los exploradores de Eneas, a buscar la semilla del fuego en las venas del sílice; en el elogio que hizo del leve poeta tolonés Juan Aicard provenzal como él y que había certificado la muerte de lo que llamaba él el *patois* de los felibres, al sucederle bajo la cúpula del Instituto de Francia, le reconvinó con piedad de esta manera:

«Vos decís que el provenzal es un *patois*. ¡Oh la fea palabra! ¡Y cuán injusta es! El *patois* es la deformación local de una lengua determinada. Es la excrescencia caprichosa que se cría y se nutre sobre un tronco lingüístico. El habla de Montmartre sí que está en vías de convertirse en el *patois* de París. Pero el provenzal es una lengua que tiene, por ella misma, sus raíces y sus ramas, su propia savia y su libre expansión. El provenzal ha nacido, ha crecido aparte, sobre un terreno que era bien el suyo.

» ¿Y decís además que va a morir? Decidme, si os place, cuáles son los síntomas que os indican que una lengua está en trance y artículo de morir. Así las lenguas, como las naciones y las creencias atrayiesan crisis de desaliento y de declinación. Pero acabamos de ver (esto lo decía en el mes de noviembre de 1924) la resurrección de naciones que se decía que estaban muertas; creencias que se habían perdido han sido reencontradas y lenguas que se creían adormecidas han madrugado para cantar su gloria. Del porvenir de un idioma, así como del porvenir de una fé o de una patria, nadie sabe nada y la ciencia no puede hacer más que callar sobre la ley del mañana. En el siglo pasado era creencia general que el catalán estaba a punto de fenecer; y he aquí que ahora ha producido un poeta muy grande y obras científicas de primer orden. Hacer morir una lengua es un pecado contra la vida social...»

Entre todos aquellos que no se resignaron con indolencia a la muerte y que no quisieron poner sus manos en este crimen contra la vida social, figura Mariano Aguiló y Fuster, hijo de Mallorca. El tuvo aquella indómita virtud que en Abraham alabó San Pablo: *In spem contra spem*. El esperó contra la esperanza. En la

X primera elección de tema para este discurso ritual, quise hablaros de la aportación de Mallorca al renacimiento de Cataluña. Los operarios fueron pocos y la recolección fué mucha; mas al descender la corriente me encontré con la gran figura de Mariano Aguiló, su epígono y más ferviente promotor. Ella obstruyó todo mi horizonte e invadió todo el espacio que podía yo dedicar a un discurso de esta índole. Además hay brevedades que son injusticias y yo por ansia de la obligada brevedad no había de incurrir en mengua alguna de justicia. La múltiple influencia de Mariano Aguiló en el renacimiento catalán, será mi tema. Mariano Aguiló fué muy poco cuidadoso de la popularidad. Tomó por divisa al-tiva de toda su obra: *No guardes a quants plaus mas a quals*. Esta divisa traducida al catalán y a la modestia cristiana es aquello del poeta romano: *Odi profanum vulgus, et arceo*. Sacrificó la cantidad a la calidad. Puesto que según la frase de Eximenis la vida era breve y el arte era largo, afanóse para llenar él solo su tarea. La empresa era de tal ambición que forzosamente había de dejar claros. Remembró lo pasado; ordenó, hasta donde pudo, lo presente; proveyó a lo venidero, hasta donde pudo columbrar la perspicacia humana, que siempre será corta de vista. Por esta triple tarea, Cataluña debe a Mallorca, una triple gratitud.

Ya ha pasado tiempo suficiente y han pasado suficientes cosas desde que Mariano Aguiló y Fuster cerró sus ojos en la noche eterna, para que podamos medir toda la longitud de proyección que tuvo su vida no corta. A la hora presente, el árbol no estorba de ver el bosque ni la montaña estorba de ver la sierra. En lo más bravío de la cordillera mallorquina, hubo, hasta hace pocos años, un árbol que los siglos plantaron allí, monumento de religiosa veneración, catedral del *totem* y de nuestros genios tutelares: la gran encina de Mossa. Cayó vencido por la edad el venerable árbol mítico. La tierra, como en los héroes de Homero, resonó de su caída. Cual en esta encina grandiosa, ahora ya es dable ver en la figura aislada y veneranda del apóstol y del profeta de nuestro Renacimiento, la solidez del tronco adusto, la amplitud de sus ramas, la altura y densidad de su copa, el refrigerio de su sombra y la bendición de su fruto. Mariano Aguiló tiene algo de patriarcal. Sólo treinta y dos años nos separan de su muerte; y apenas cumplieronse cien de su nacimiento que fué fiel y modestamente conmemorado en fecha reciente. Y no obstante parece que tiene ya aquella sagrada majestad que tienen los viejos poetas, fundadores de pueblos y de literaturas. El crítico de la literatura latina, el sesudo y

comedido Quintiliano, asimila el genio un poco agreste y salvaje de Ennio, el poeta sagrado e hijo de la tierra, a una de aquellas selvas pobladas de sombra religiosa como la que llena los templos, en donde entra uno con el corazón somovido y tímido y como empequeñecido dentro del pecho. Y dice: *Adoremos a Ennio, como una de aquellas selvas que la antigüedad hizo sagradas; en quien los robustísimos árboles seculares no muestran tanta belleza como inspiran venerable y religiosa emoción.*

El genio de Mariano Aguiló y Fuster es así. No son los siglos precisamente quienes le han comunicado aquel sagrado respeto que inspiran las instituciones vetustas, los templos antiguos, los bosques milenarios. Fué el entusiasmo más que sacerdotal, de apóstol o de hierofante, que en su tarea puso y la majestad y la santidad con que supo sellarla, lo que le ha ganado este unánime respeto. Mariano Aguiló es nuestro segundo Doctor Iluminado. El, pero, no fué una voz en el desierto. El no llenó un siglo que no le atendía, con sus gesticulaciones grandiosas y estériles. Apenas tenía gestos; apenas tenía voz. Por esto no predicó sobre los tejados, sinó que habló al oído del corazón, con aquel acento que el amor calienta y que hace que la voz se torne sumisa y grávida, con aquel acento que pone temblor en el labio y enciende en la mejilla una flor de sangre. A un apostolado así acostumbra andar ligada la persuasión. Hubiera podido esculpir en su sepulcro aquella leyenda que en el cementerio de Marsella, ostenta la tumba de los Rostand, estirpe de poetas y de hombres de acción: *Egerunt et cecinerunt*. Obraron y cantaron. El también obró y cantó. Promovió un éxodo; y por el camino de este éxodo caminamos aún con el suave empuje incontrastable que él nos dió. Su obra, si es lícito comparar cosas grandes a cosas no tan grandes, es a los ojos del pueblo que le sigue, como una columna de nube, que da sombra fresca o como una columna de fuego que da calor y lumbre. En toda su vida, consagrada a un único ideal, se distinguen fácilmente tres aspectos.

Primeramente, Mariano Aguiló fué un poeta. Privilegio y suerte ha sido de los cantores de la primera hora del Renacimiento catalán, digo, de los ruiseñores nocturnos y de las alondras mañaneras tener una destinación cuasi mítica; algo de aquello que fué atribuído a Anfión, quien al son de su lira primaria, que no era más que la concha de una tortuga, edificó los muros y la ciudad de Tebas, la ciudad de las cien puertas. Jamás, como en los días de esta alborada y de este fresco y rosado despertar, nuestra poe-

sía ha tenido tanta eficacia sobre los corazones y sobre las inteligencias. Han surgido, sin duda, en nuestro pueblo, poetas más grandes que los poetas de la primera hora. Pero ni tuvieron en su tiempo, ni probablemente tendrán en la posteridad, un imperio tan potente ni comunicarán aquella emoción virginal que comunicaron los otros a su pueblo y que debe parecerse mucho a la emoción que causa la aparición del primer amor inexperto.

Mariano Aguiló además de poeta fué un filólogo, tal como era posible serlo en aquellos tiempos. Un instinto, cuasi semidivino, para no decir una suerte de soberana iluminación como aquella que ilustró a Raimundo Lulio en la cumbre de Randa, revelóle en la fugacidad de un lampo lo que los otros aprenden a copia de años y de severas disciplinas. Aguiló fué de aquellos *quos aequus amavit Iupiter*. Dios le dotó con una cuasi infalible sagacidad y con un gusto incorruptible. Para decirlo con palabras lulianas, él aprendió *por manera de amor* aquello que los otros aprenden trabajosamente *por manera de saber*. El adivinó la unidad biológica del idioma debajo de los destrozos que acumularon luengos años de incultura y de desconocimiento, como quien, con ojo cierto descubre bajo las ruinas y el matorral que invadió el edificio caído, la harmónica unidad y el bello ordenamiento arquitectónico. Fué apóstol del idioma catalán y el más decidido propulsor de su renacimiento. Para decirlo con nobles símiles que halagarían su ascendencia hebraica, fué, a la vez, su Ezequiel y su Nehemías. Como Ezequiel, Aguiló y Fuster vaticinó al espíritu; insufló alma y vida en los huesos áridos que se levantaron con rumoroso tumulto de resurrección y como Nehemías levantó los muros de la ciudad sentada en el polvo. Inventarió todos sus vilipendiados monumentos. Amó a su lengua con un amor exclusivo y corrió en pos de ella con un amor desalado y con un transporte casi místico. Así como Francisco de Asís desposóse con la pobreza, Mariano Aguiló desposóse indisolublemente con la Lengua, que era la Cenicienta y la Muerta Viva y la Bella Durmiente, que esperaba, sin saberlo, el ascua de aquel beso que le había de poner sobre los labios el sabor cálido de la vida. El cantó a su lengua con un sincerísimo acento de pasión que no conocieron los trovadores que cantaron a su Dama. Fué mucho más afortunado que Raimundo Lulio que se quedó aislado espléndidamente. Aguiló tuvo la fortuna de asociar todo su pueblo a la grande obra de la restauración, cuya fórmula acertó a plasmar en dos versos milagrosos:

Poble que sa llengua cobra
se recobra a si mateix.

Pueblo que recobra su lengua, recóbrase a sí mismo.

Mariano Aguiló fué el primero de nuestros folkloristas. Tuvo la *filia* más cordial y más entrañada en el alma, de nuestros libros arcaicos, archivo de nuestro lenguaje, arca de nuestros tesoros. Y como no toda nuestra riqueza estaba cerrada; y como no todo nuestro idioma estaba catalogado, sino que la parte más sabrosa y viva volaba aun en boca de los hombres parlantes, como los calificaba Homero, él fué a buscar a estos hombres parlantes en donde se encontraban. El amor no conoce medida, dice Ausias March. Por amor a su Dama, la Bella Dormida sobre el haz de los cabellos de seda, él que estaba amarrado al duro banco de un empleo burocrático y con los pies metidos en un cepo implacable, hizo caballero andante, como Tirante el Blanco y como el Dante, hizo peregrino de amor. Y fué a buscar a la lengua, virgen y madre, en su soledad y en su esquivo apartamiento. Recorrió en su busca todos los vericuetos de la heredad paterna. Si el idioma catalán, como instrumento de cultura había sido arrimado en un abandono secular, subsistía vivo en la boca del pueblo, con la misma pura y frágil continuidad con que la fuente mana de las quiebras de la peña. Y allá fué Aguiló a buscar el idioma templado en el púdico temblor de las aguas frías. Subió a las cumbres tocadas de nieve; bajó al medroso misterio forestal de los profundos abetares pirenaicos, perseguidor de recatadas canciones feudales, minucioso cazador de vocablos vivos y esquivos. Con la pasión del entomólogo aprisionaba en sus catálogos las ricas palabras aladas que diríase que quedaban allí palpitantes y temblantes con una dulce voluntad de vuelo. Por los caminos todavía no pisados, Mariano Aguiló, antes que nadie marcó la huella de sus pies por encima de la hierba fresca.

En la perspectiva del Renacimiento catalán no cuesta poco ni mucho, situar a Mariano Aguiló. Es él mismo que se sitúa de una manera inamovible. El nos dice de donde viene, donde está y a donde va.

Tinc indòmit l'ideal;
ni som clàssic ni romàntic;
cant en llengua maternal,
desitjós que sigui el càntic
vertader i natural.

Tiene Aguiló un ideal indómito. Ni es clásico ni es romántico. Canta en la lengua maternal y desea que su canto sea natural y sincero. No tiene ninguna cultura clásica. No conoce ningún idioma augusto. Cuando era niño un dómine reverendo, con una persuasiva pedagogía traumática, a golpes de Gazofilacio —(¡Oh, los ponderosos y vastos diccionarios que tomaban el nombre del tesoro del Templo, y a cuyo lado debía ser liviana como una paja, la temida clava de Hércules, que barrió de mónstruos y endriagos la faz de la tierra!); a golpes de Gazofilacio, digo, y con una traumática pedagogía persuasiva, un dómine reverendo y más que reverendo, de temer, quería meter en su cabeza infantil la gramática latina. Pero aun no había quebrado la nuez dura de Horacio, el alumno de las Musas, cuando al embate de la revolución el convento se hundió. Entre las ruinas humeantes y los escombros conventuales, quedó sepultada su ruin gramática latina. Huyendo de la quema del convento, se refugió en la Universidad, al son de himnos a Cristina y al grito de ¡Viva la libertad! El estudio universitario le aprovechó bien poco. A los primeros pliegos del compendio del curso a que estaba inscrito, el primer amor estalló en su pecho con un incendio súbito. El fuego del año 34 que lamió los muros conventuales debió ser como la inocente llama augural que lamía las sienas de Julo, en comparación del volcán encerrado en el pecho del poeta. Entonces tuvo cosas qué decir. Sin suficiente fuerza de orientación y de instinto, oyendo silbar como víboras jóvenes las jóvenes pasiones; quiso decir lo que sentía. Abandonado a su propio instinto certero, halló su camino propio:

I cerquí en la pagesia
la faiçó de mes cançons.

La musa silvestre le dictó la norma de las canciones. *Formosam doces resonare Amaryllida silvas*. No vayamos pues a buscar influencias clásicas en la poesía de Mariano Aguiló, virgen de Gramática y ayuno de Horacio, sin el cual no hay clasicismo en nuestras latitudes. Sepultada su gramática latina entre las ruinas del convento, el joven Aguiló olió los frescos vientos nuevos, los airecillos de abril sutiles que soplaban por el claustro semiarruinado del convento del Carmen de Barcelona, ya secularizado, que hacía de Universidad. Por debajo de sus arcadas el estudiante silencioso paseaba su amor, como una llama sofocada, que hubo de delatarse así como la llama sofocada en el hormiguero se exhala en humo y en perfume de gleba tostada. Ignorante de los preceptos

que incluye el *Arte de trovar* rebelde a toda suerte de preceptiva y en este punto hijo de su siglo y romántico sin querer, el amor fué a vaciar en sus oídos las palabras ancestrales para cantar la pasión nueva. El amor a la Mujer trájole, junto con una insobornable sinceridad, el amor a la Lengua. Estos dos amores fueron indisolubles y simultáneos, como dos mellizos del mismo vientre. Relicario de este doble amor son sus *Esplais de jovenesa*. Humilde consigo mismo hasta la injusticia, meticoloso hasta el escrúpulo, confiaba al papel avaro sus íntimas confidencias, como quien guarda en un estuche de sándalo, las cartas del tiempo de amor. Cuando estos papeles, llenos de amorosas confidencias, ya fueron amarillos, la piedad filial sacólos a la luz nueva.

El amor de Mariano Aguiló nació en disanto y dentro de una iglesia. Esta doble circunstancia lo hace semejante al amor de aquellos dos grandes y suspirantes poetas Petrarca y Ausias March. Si Ausias March y el Petrarca enamoráronse en Viernes Santo, nuestro Mariano Aguiló concibió un amor tan puro como el de ellos, en la noche más azul de todo el año que es la noche de la Purísima. Tan limpia era en la mente de Aguiló aquella noche en que se dijo: *Concebida ha sido sin mancilla una Mujer*, que temió que el inocente amor nacido en aquella noche santa no hubiera nacido en pecado original.

En la parroquia de San Jaime de Palma de Mallorca aparecióle, hincada de hinojos, casi niña aún, aquélla que él compara a la que veía el Giotto, al pintar el retablo de la Anunciación, en el acto de recibir la embajada del celeste paraninfo. Más que en la Anunciata del Giotto, piensa uno en la Beatriz del Dante de *Vita Nova*:

Era venuta nella mente mia
la gentil donna che per suo valore
fu posta da l'altissimo Signore
nel ciel de l'humiltade ov'é Maria.

En la Beatriz del Dante he dicho que piensa uno. Tal vez hubiera dicho mejor si hubiera dicho que es la mujer misteriosa y pura a quien el estrenuo y antiquísimo caballero Ausias March llamaba *Plena de seny* o con una expresión bíblica: *Llir entre cards*. *El Llir entre cards* es romanizado, el *Lilium inter spinas*: el lirio entre maleza del sagrado cántico. *Los Esplais de jovenesa* exhalan un aroma de religiosa veneración. Mariano Aguiló, ante el acatamiento de su Amada, hízose humilde y devoto contemplativo.

Los *Esplais de juvenesa* son el breviario de este amor; son el rosario suyo, todo de rosas blancas. En la blancura de este lirio florecido al pie del altar no puso la sombra de sus alas negras el murciélago de la tentación.

«El amor, dice Raimundo Lulio, en el libro del Amigo y del Amado, es un mar movido por ondas y por vientos que no tiene puerto ni ribera.» El pobre corazón enamorado de Mariano Aguiló, ya no conoció paz ni reposo. Un día que fué 24 de Octubre de 1844 en ocasión en que de Mallorca volvía a Barcelona, con el corazón estrujado de pena y saturado con el ajeno de la desesperanza, sucedió que la vehemencia del temporal hizo embestir y zozobrar el navío, a quien se confió, en el roquizar de Pantaleu, nombre no desconocido de nuestros cronistas ni sin fama en nuestras crónicas. Con la frente sombría y el pecho roto el poeta, indemne del naufragio, íbase solo —solo y con sus pensamientos—, rociado de sal amarga, vencido e impotente, por un camino rural, hacia su casa agreste escondida en uno de los pliegues de la sierra mallorquina, en donde el alma de la tierra se ha trocado en canción, según la imagen de Juan Alcover. En las postrimerías de Octubre, la serranía mallorquina está toda llena del gesto augusto del sembrador. Y durante el camino vino a herir sus oídos una triste canción alada de aquellas con que acompañan y consuelan el fatigoso romper del duro suelo, los que rigen el corvo arado y abren los largos surcos sangrientos a quien confían la simiente estremecida por una sorda voluntad de germinación. La canción que el labrador esparcía por la gran ceniza otoñal aveníase con la tristeza de su corazón desahuciado. Oportuna venía la canción. Ya tuvo el poeta materia sobrada para alimentar la tristeza vagabunda de sus negros pensamientos y para poblar la soledad de su incruento vía crucis. Y aún amplió el tema popular en una glosa sentidísima, de quien sólo ofrezco una estrofa porque ella se ha traducido a sí misma.

 Mi corazón se asfixia
 sin esperanza y favor :
 mi amor se torna agonía
 sin poder mudar de amor.

Quería maldecir el poeta y como el profeta Balán bendecía. Quería desamar y más amaba; quería olvidar y recordaba más. Y preguntábase a sí mismo :

Amor que nasqué en sagrat
costa més d'esse oblidat?

¿Cuesta más olvidar un amor cuando nació en lugar sagrado? Así como el viento arrebató consigo las hojas otoñales, el torbellino arrebató y llevaba en giro todos sus pensamientos, cuando inclinaba la frente sobre el libro de texto. Sobre sus páginas flotaba como un átomo luminoso de aquellos que el sol enciende y hace danzar en una estancia oscura, la imagen de su amada ausente y displicente. A la hora de nutrir el entendimiento, ha perdido la voluntad. Siéntese vencido en la vida; el estudio acarrea tesoros con afán; pero la memoria los dilapida:

Tant con la memoria oblida
i tan poc, que oblida el cor!

Tanto como olvida la memoria y tan poco como olvida el corazón.

Siete años duró, entre temores y esperanzas, su amor suspirante como aquel suspirante amor bíblico de Jacob y de Raquel. Pero el joven Aguiló tenía una confidente fidelísima, una amiga consoladora, una amiga como aquel amigo de quien dice el libro sagrado que es medicina y unguento de inmortalidad. Esta amiga consolábale con palabras de miel y le guardaba los secretos de su corazón. Esta amiga era la Lengua. Pero el amor incansable y longánime un día u otro debía tener su galardón. Amor del cual dice el Dante por boca de Francesca de Rímini:

Amor, che a nullo amato amar perdona

impuso al corazón de la virgen que años atrás había visto arrojada, en la actitud de una Anunciata, su irrefragable señorío. Y un día, las estrofas de Aguiló que volaban con las alas lacias, como las golondrinas que el cierzo dispersa, irrumpieron raudas y alegres como una bandada de golondrinas de mayo. Y fué ello que había visto encenderse en las mejillas de su amada la púrpura ténue y furtiva que no era más que el reflejo de la antorcha del amor:

Si; que com la fruita
que's fa a cap de brot
se torna vermella
batuda pel sol
jo he vist enrogir-ne
tes galtes i front
l'encesa calrada
primera d'amor.

Seguro ya el poeta de su tesoro y señor ya de aquel *cuor gentil* comienza entre ambos el galanteo más limpio que puedan imaginar hombres amasados con barro. Si el hombre está hecho con un pellizco de lodo y un rayo de luz sideral, en Aguiló había más que polvo hollado, fuego de estrella. A través del freo de mar que separa Mallorca de Cataluña, van las añoranzas, grandes, lánguidas y blancas, como los albatros. Y como los albatros, blancas lánguidas y grandes, las añoranzas vuelven. A una duda de su amada, la eterna duda irresoluble de la amada ausente, él contesta, para que le den seguridad, con aquellos versos famosos de Ausias March :

Plena de seny, dir-vos que us am no cal
puix crec de cert que us ne teniu per certa.

Si le envía suspiros se los envía por el viento ; si le envía besos, por el Angel de su guarda. Por un caso fortuito que al poeta enamorado parecióle siempre un sueño o una ilusión, encontróse un día en la cámara en donde la *Plena de seny* estudiaba, en donde florecía el lirio entre cardos. No hay devoto que esté en el templo con un recogimiento mayor que él en la estancia de la mujer reverenciada. De aquel larario de la virginidad, él salió, así como un creyente sale del templo, con una estrofa, que es una oración sobre el labio trémulo :

Sant Angel que guardes
el cor d'eixa nina,
anit pensa a dar-li
abans d'adormir-se
a cada parpella
un bes de part mia.

Un beso en cada párpado, como dos copos de nieve en dos hojas de rosa blanca.

Así era de liliál el amor de Aguiló confiado als *Esplais de juvenesa*. Excepto tres o cuatro pasajes en donde se percibe un poco de savia caliente de la vida, el libro todo se parece a una letanía amorosa, rezada de hinojos ante una gótica virgen de marfil.

La gran piedad de la muerte inspiró a Mariano Aguiló el *Llibre de la Mort*, mezcla de verso y de prosa, en donde, entre las siemprevivas amarillas, flores de recuerdo y de humildad, se elevan algunas grandes poesías, a manera de cipreses, altos, graves y pensativos. Es fácil de ver la influencia de las *Danzas macabras* en el libro, en donde la Muerte aparece asimismo personificada. La

Muerte, para Aguiló, es una amiga, es una novia, es una esposa. La ama y la corteja y espera con ansia la hora del beso supremo y del eterno sueño nupcial. Tanto como la suspiró y tanto como la Muerte, dura a sus quejas, más que el mármol frío, tardaba en acudir a la nocturna cita! No fué venturosamente para todos tan fácil la Muerte para Aguiló, como aquellas ramera de Oriente envueltas en largos mantos negros y tapada la cabeza, que diz que se encuentran al volver de cada esquina y en la bifurcación de cada dos caminos. No fué la Muerte para él como la egipciaca inmunda que emerge de las tinieblas, rezumando tinieblas y toma por el brazo el noctámbulo incauto y lo arrastra a su yacija venal. Fué la pálida novia virgen, sorda a sus ruegos y esquiva de sus brazos, que le huía envuelta en el blanco tental a través de cirios amarillos. A estos enamorados de la Muerte es aplicable aquello desesperanzador de Job: «Los que esperan la muerte y no viene, son semejantes a los que cavan en busca de un tesoro y tienen un gozo muy grande, cuando dan en las paredes del sepulcro».

Pero más aun que a la Mujer, más aun que a la Muerte, cortejó y amó a otra Dama. Esta Dama era... la Lengua. La amó con un amor exclusivo y avasallador, con aquel amor que no conoce medida, con aquel amor de quien dijo Ausias March:

Amor, quan desmesura
semblant és d'oradura.

Cuando Amor pierde medida, es semejante a la locura.

Con la Pobreza, Viuda de mil años, desposóse Francisco de Asís. En las entrañas de la Lengua, viuda y estéril de trescientos años, suscitó Mariano Aguiló la restañada fecundidad y la libró del vilipendio antiguo.

Nunca el corazón del poeta exulta tanto, nunca la voz del poeta tiembla tanto, nunca el labio del poeta quema tanto, como cuando canta la Lengua. La Mujer y la Muerte, de este amor sin freno ni medida, hubieran podido tener celos exacerbados. Cuando habla de la Lengua, la voz baja y dulce de Mariano Aguiló, acostumbrada a hablar al oído de la Mujer, que le llenó la casa de bienes, y al oído de la Muerte omnipresente, toma un acento ditirámico y un vuelo como pindárico y un como profético ardor. En su poema *Focs Follets*, poema de gran envergadura y de mucha ambición, pero no del todo bien logrado, en donde no obstante se encuentran momentos de singular felicidad: *disiecti membra poetae*, la Lengua tiene la loa más caldeada de entusiasmo y más ardiente de pasión

que haya salido jamás de labios catalanes. Por esto fué, por este su grande amor a la Lengua fué, que cuando la Mujer, que fuera su esposa ya había abandonado el tálamo suyo por el tálamo del Señor, y cuando la otra enamorada suya, la Muerte, a la fin, lo llevó consigo a su lecho; a la Lengua, a la afligida Viuda sobreviviente, le tocó recibir el duelo y verter la mayor parte de las lágrimas. Y por esto también fué que cuando otro gran poeta Costa y Llobera hubo de cantar su eutanasia o su buena muerte, como se acostumbra a hacer con la viuda o con las hijas del muerto, dirigió su condeño a la Lengua en unas estrofas tristes, como urnas desbordantes de lloro, en unas estrofas largas como lágrimas, solemnes y graves como un doblar de tristes bronces litúrgicos:

Llengua nostra plany i canta,
mescla l'himne amb l'oració
i ressoni ta complanta
de Puigmal fins a Montgó,
de les planes ponentines
fins a les ones marines
i a les serres mallorquines
on nasqué el gran Aguiló...

Altres bons t'han enaltida
oferint-te una harpa d'or;
mes, ell sol t'ha redimida
recobrant el teu tresor.
Ell a fons t'ha coneguda
i amb l'amor que el ser tresmuda
ta propia vida ha viscuda
i ha posseït el teu cor.

Pero no todo ha de ser ditirámico. En la obra poética de Mariano Aguiló, como en toda obra humana, son fáciles de encontrar pequeñas taras. Son el sueño de Homero. Pequeñas taras de aquellas que sólo ofenden los genios melindrosos; de aquellas que Horacio, el juez no sobradamente laxo, de buen grado perdonaba:

*Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
offendar maculis...*

Son taras de la incuria humana. Son defectos de su tiempo. En punto a métrica, con el concurso de muchos, se ha avanzado mucho. Ahora nuestras musas son más exigentes de lo que eran en los co-

mienzos de la cruzada restauradora. Ni el mismo Costa y Llobera, entonces en plena juventud, y en el primer esplendor de su joven gloria, a pesar de la devoción y reverencia admirativas que sentía hacia el patriarca Mariano Aguiló, pudo absolverle de ciertas violencias métricas que hacían el verso áspero y duro como un martillo. El poeta de Pollensa escribía al cantor de *Focs Follets*: «En la versificación (tal vez sea efecto de mi escaso conocimiento de la lengua) encuentro algunas diptongaciones violentas... El italiano y el castellano que diptongan con más fuerza creo yo que no admitirían algunas de las diptongaciones que he encontrado en el poema. En el lenguaje, me parece ver alguna gala de arcaísmo. No es que yo me haya declarado partidario de los idiomas vulgares; acepto y quisiera retornar las palabras y formas más puras y legítimas, con una limitación: la de no hacerme ininteligible... En los doce cantos de *Focs Follets* hay un tesoro riquísimo de lenguaje que puede pasar a ser moneda corriente; pero aquí y allá hay alguna pieza que sería rehusada, si ya no era en la colección de algún numismático». Esto le decía con una simpática libertad y audacia el joven cantor de *El Pino de Formentor*.

Respecto de los arcaísmos no somos tan severos como en cuestiones de métrica. Estudios e investigaciones posteriores, un trabajo constante de depuración del idioma, retornando a las sagradas fuentes del habla popular, han demostrado que muchas formas que parecían muertas y fósiles en los libros que con mano asidua trataba Mariano Aguiló, eran vivas y volátiles en una u otra comarca de los dominios del idioma. Y nadie, aun cuando le sonaran a cosa extraña o a cosa arcaica, tenía el derecho de negarles la ciudadanía en el idioma que se intentaba restaurar. Es aquello de Horacio: «Muchas palabras renacerán de las que cayeron; y caerán a su vez otras que ahora están en auge y honor, si lo quiere el uso, árbitro y señor del lenguaje. En nuestra literatura renacida hemos visto realizada esta resurrección de muchas formas y vocablos que años atrás, hubiéramos creído condenados a eterna muerte irredimible. Han florecido con savia nueva y han cobrado reviviscencia nueva mojados en la fuente de la Juventud o en el río Eunoé; y se nos han mostrado como el árbol del Dante

Rinnovellato di novella fronda.

Mariano Aguiló, poeta, no dejó escuela propiamente dicha, como Verdaguer la dejó y como la dejó Maragall. El patriarca no dejó hijos a imagen y semejanza suya. No fué como aquellos meteoros

que al caer del cielo, dejan detrás de sí una cabellera de fuego, un rastro de luz augural. Pero influyó en los otros poetas de una manera más alta y trascendente. Les comunicó el sentido del idioma, el vigor gráfico y naturalista y una gran dignidad y una gran pureza. Más le valió esto que verse reproducido en una descendencia gradualmente degenerada, la *progeniem vitiosiore* del moralista romano. No han aumentado la gloria de Maragall sus pedisecuos que no tomaron de él ni el acento del apóstol ni el carbón del profeta. No han aumentado la gloria de Verdaguer los neófitos suyos que no perpetuaron de él sino aquello que era más asequible y al alcance de todas las fortunas: la pompa verbal, la entonada rigidez del alejandrino y las estrofas hinchadas como velas, aquel esfuerzo de jayán primitivo, de gran cazador como Nemrod, de imágenes desmesuradas.

Mariano Aguiló tuvo un cuasi infalible instinto filológico. En la desolación del inmenso edificio en ruinas, él adivinó la unidad arquitectónica. En los huesos áridos y dispersos bajo la incuria plurisecular, él percibió el principio biológico que, como a los huesos secos sobre los que Ezequiel profetizara, había de darles nueva fibra y extender en ellos la nueva red de las venas vitales y la piel luciente y en ellos animar el latido del pulso y de nuevo prender la llama viva, como una bandera de púrpura. Ahora que la unidad parece reconstituída y queda consagrada aquí, en esta Academia, diríase tal vez que aquella visión fué cosa fácil. Todas las cosas, cuando son hechas, son fáciles. Pero cuando Mariano Aguiló inició su tarea no lo era ciertamente. Los espíritus más clarividentes de aquella época, los que tenían la vista de mayor alcance, como Milá y Fontanals, los que se guiaban por una suerte de intuición, como Piferrer, no acertaban a ver claro en la niebla difusa. Basta y sobra leer el periódico *La Palma*, en donde comenzaron a latir las nuevas inquietudes y en cuyas páginas parece ya percibirse tenuemente aquel exquisito *frisson nouveau*. Sin protesta de nadie, salió en las páginas de *La Palma* un artículo que cantaba el responso absolutivo del *dialecto provincial* y proclamaba su total inanidad, su estéril supervivencia, su muerte próxima e irrevocable y envidiando el *buen sentido* de los valencianos que en el uso vulgar y en el trato social y en la conversación corriente se habían apresurado y adelantado a tomar con excelente buen sentido el que llamaba el articulista el *idioma del gobierno* que fatalmente se había de imponer. La circunstancia de que un idioma fuese oficial o del gobierno era, a juicio del articulista, un segu-

ro de vida y un injerto de perennidad. Esta vez falló el augurio de los que creían que las aves volaban hacia el lado siniestro. La representación lucidísima de Valencia está aquí y no ciertamente para atestiguar el *buen sentido* de los valencianos, que reconocía el articulista. No ha venido aquí a certificar la defunción y el sepelio; sino el triunfo y la resurrección. Ser profeta de lo pasado es cosa relativamente fácil. Cuesta algo más ser profeta de lo venidero y muchísimo más, ser arquitecto de las ruinas.

Arquitecto de las ruinas y profeta de lo futuro fué Mariano Aguiló. El adivinó la vibración vital del idioma que corre desde Elche a Las Corberas y desde el extremo oriental de Aragón hasta aquel remanso de catalanidad del Alguer, pasando por el archipiélago baleárico. Esta faceta de la personalidad de Mariano Aguiló con su autoridad máxima y casi única, la trató Pompeyo Fabra en el discurso que pronunció en la celebración del centenario del primero de nuestros filólogos.

«Dentro de aquel dominio lingüístico constituyóse en la Edad Media una lengua literaria uniforme en donde asomaban apenas las variantes dialectales de la lengua hablada; esta lengua uniforme fué la lengua en que escribieron el catalán Ramón Muntaner, el valenciano Ausias March, el mallorquín Ramón Llull; lengua desgraciadamente herida de muerte por la decadencia literaria, cuando precisamente había llegado a un grado de desarrollo, que la colocaba en un lugar prominente entre las otras lenguas medievales, hijas como ella, de la lengua latina.

El renacimiento literario, que se inició a mediados del siglo pasado, nos imponía la árdua tarea de levantar del suelo y depurar aquella lengua anémica, impurificada y fragmentada durante los largos siglos de decadencia literaria... La obra de levantamiento y de depuración está hoy muy avanzada; aprovechando los materiales de que nos ha proveído el estudio de nuestros autores antiguos y la aportación de todas las hablas vivas catalanas, valencianas y baleáricas, hemos conseguido rehacer esplendorosamente nuestra lengua. Pero, pensad un momento lo que significa haber tenido la visión de la posibilidad de esta obra de reconstrucción, en los comienzos del renacimiento, cuando hombres como Piferrer, creían imposible del todo el resurgir de la lengua catalana, que estimaban condenada a una degradación irremediable. Y Mariano Aguiló no solamente fué el que primero creyó en la posibilidad de rehacer nuestra lengua sino que aun, llevado por su optimismo y por su amor a la lengua materna, emprendió la grandiosa obra

de levantarla, siendo así, al mismo tiempo que el vidente, el obrero principal de su resurgimiento, de tal manera que los que después de él hemos trabajado en la obra de redimir y de fijar la lengua literaria, no hemos hecho sino completar su labor inmensa, insistiendo siempre en el camino que el maestro abrió y explanó.» Hasta aquí, son palabras textuales de Pompeyo Fabra.

Más arriba ya dije que Mariano Aguiló, para restituir la unidad de la lengua, se hizo peregrino de amor. Exploró la selva inmensa de nuestra literatura escrita y fuése asimismo a buscar el origen y la fuente de nuestro idioma vivo. Fruto de esta doble peregrinación es el inventario que levantó él, de toda nuestra habla y que ahora va publicando el *Institut d'Estudis Catalans*. Esta obra es una obra fragmentaria, cierto; es una obra hecha a toda prisa, cierto. En hojas volantes como aquellas vivas hojas vegetales en que la Sibila de Cumas escribía sus oráculos, tan livianas que el viento de la puerta profética las hacía levantar; Mariano Aguiló anotaba los vocablos que herían sus ojos, en la lectura de los textos viejos, manuscritos o impresos; y aquellos otros vocablos que le herían sus oídos en las peregrinaciones por el territorio lingüístico catalán. Esta doble confluencia de riqueza idiomática se ha reunido en los cuadernos que van saliendo y que forzosamente han de ser los cimientos de aquel palacio de todo el idioma nuestro, catalogado y codificado; palacio que soñamos en horas ambiciosas y que venturoso será quien consiga verlo acabado, la oriflama al viento, en la cumbre del bello edificio. Anatole France no niega su afición a leer diccionarios. Dice que un diccionario es algo así como el mundo puesto en orden alfabético. Otros dicen que un diccionario es una fila de muertos, como la vitrina de un entomólogo o como las hojas ordenadas del álbum de un botánico. Pero la obra de Aguiló es algo vivo. Libro fresco y bien oliente embalsama las manos de quien vuelve sus hojas, con una fragancia de salud, con la misma fragancia de salud con que se embalsaman las manos de quien toca guirnaldas mojadas en rocío auroral. No sólo es obra de paciencia, ni obra sólo de ciencia; sino obra de arte también y obra de aquel amor que hace fecundas todas las cosas.

La magnífica y ejemplar actividad filológica de Cataluña, tiene sus raíces y el ejemplo en la actividad de Aguiló. Fué él quien inició la publicidad de los viejos textos catalanes con una pulcritud y una dignidad tipográficas, que tal vez aun entre nosotros no han sido superadas. Fué él quien nos proporcionó el degustar pri-

mero de aquella nuestra antigüedad que tiene la virtud fortificadora del vino pálido. Por él pudimos acercar los labios a la copa de oro y catar aquel *gingibre verd amb melvasia*, filtro de amor más sano que el de Tristan e Iseo, que bebieron la princesa Carmesina y Tirante el Blanco. Por él pudimos dormir y amar y soñar entre las sábanas algaliadas de la tradición gótica y feudal. Nuestra arqueología literaria encontró en Aguiló su Nehemias, quiero decir su reconstructor. Si ahora ya podemos leer lo más esencial de la obra luliana, en vulgar, fué Mariano Aguiló quien nos hizo gustar el primer sorbo, avanzando el *Félix de las Maravillas del Mundo* en la *Biblioteca Catalana*. Si Miguel y Planas, bajo esta misma rotulación, ha hurtado al olvido y a la polilla erudita tantos otros textos del catalán de oro, es que prosiguió el empuje inicial de Mariano Aguiló. Y si ahora una joven escuela, formada severamente en la ciencia paleográfica y crítica, va sirviendo en libros manuales nuestra literatura arcaica, tan rica de posibilidades y Dios quiera que madre futura de aquel siglo de oro que nos atrevemos a desear en nuestros sueños ambiciosos, es que camina sobre las huellas que marcó y sobre la senda que midió antes que nadie, Mariano Aguiló, padre de nuestra bibliofilia.

Mariano Aguiló no solamente fué folklorista, sino que fué el primero de nuestros folkloristas, primero en el tiempo y tal vez también en el mérito. El aclimató aquí esta flor de otras tierras colorada por otro sol más pálido. Aun nadie había puesto el pie en esta mies de espigas verdes, cuando Mariano Aguiló salió a recorrer la virgen sementera, a la del alba, cuando :

Apriessa cantan los gallos et quieren quebrar albores

Y huelga decir que volvió con la garba más rica y de mayor peso.

Por una Cataluña sin rutas, Mariano Aguiló se lanzó a la exploración. Podría llenarse todo un libro con las anécdotas que le ocurrieron en este peregrinaje y que él complacíase en contar cuando la tarda vejez y las piernas fatigadas le recluyeron definitivamente entre sus libros caros que palpaba con mano morosa y amorosa, así como el ciego Isaac palpaba a su hijo Jacob : He aquí que el olor de mi hijo es como el olor del campo lleno bendecido por el Señor. La parte más copiosa de la recolección, debe de continuar inédita todavía. Sólo una pequeña parte, que nos hace más aguda la añoranza de la parte mayor ha visto la pública luz. El *Cançoneret d'Obres vulgars* es un manojo de su cosecha folklórica. La colección de *Cançons feudals cavalleresques* es otro ma-

nojo. Puede decirse que este amor al folklore lo mamó con la leche. Dios que le negó las indelebles dulzuras de la leche materna, con el sabor de la leche comprada, le hizo gustar la inefable suavidad de las canciones y de las consejas de la payesía. ¡La nodriza! La nodriza, después de la madre, tiene no sé que respeto y no sé que santidad. La persona de la nodriza, en todos los grandes poetas, aparece consagrada con una castísima unción que se perpetua hasta cuando la fuente de la vida ya no mana en el pecho y hasta que llena de años y de arrugas

morta, la mamella pende,

Virgilio, en el momento de la suprema catástrofe de Dido, ya en trance y en voluntad irrevocable de morir, evoca el recuerdo y la figura de Barce, nodriza de Siqueo, porque ya la suya era ceniza negra, allá, en la patria antigua. La nodriza de Mariano Aguiló fué su iniciadora. Digamos su nombre y el nombre del pueblo en donde nació, con la gratitud y la veneración condignas: Antonia Canyelles, de Bunyola. Murió llena de días y de obras a los ochenta y seis años de su edad. En muchas de las canciones feudales caballerescas en donde Aguiló consignaba el origen, las iniciales A. C. corresponden al nombre de esta santa mujer que nutrió la vida del niño con la abundancia de su pecho y le alimentó la fantasía con la abundancia de su corazón.

A la búsqueda de las canciones, que es la caza más esquivada de todas, dedicó Aguiló, mientras las tuvo, las vacaciones anuales de agosto que le concedía el reglamento de bibliotecas. El mismo, en el prólogo copioso que puso al libro publicado bajo los auspicios de Doña Cristina de Habsburgo-Lorena de Borbón, reina que fué de España y Condesa de Barcelona, cuenta en una bella prosa con un sabor ligero de arcaísmo que es una fina delicia, cuán castosa era y cuán difícil esta cuestación de los tesoros del tiempo viejo. Había que vencer la resistencia instintiva de las personas interrogadas que no podían comprender como podían tener interés para el señor forastero las añejas canciones que tenían guardadas en la memoria aquellas ancianas. De su boca hundida como de las arruinadas fuentes musgosas fluye el lenguaje más puro y más fresco y más musical. Las mujeres mucho más que los hombres, dice Cicerón, conservan la castidad y la flor del lenguaje. Ya es cosa sabida que las Sibilas tesoreras de lo pasado y profetisas de lo que ha de venir no se pierden por demasiado afales. Así y todo Mariano Aguiló supo arrancar de su boca aquel

tesoro de canciones, así como ellas mismas, con el arte de la araña, sacaban el hilo continuo de las entrañas de la rueca. Ellas son las que hilan la tela de que se hacen las banderas blancas y las castas sábanas familiares, en donde nacen y mueren los hombres.

Bienaventurado es aquel mortal que no deja vacía su tarea humana y en la tierra por donde pasó, con el trabajo de la reja paciente abrió un surco y en el surco enterró una semilla. La vida de Mariano Aguiló fué así. Su obra aun late y germina. El comparte la inmortalidad feliz y las vendas blancas con que ciñen la cabeza los poetas castos y los sacerdotes puros que dieron respuestas dignas de Apolo; los que batallando por las caras patrias sufrieron llagas y heridas; los que inventando nuevas artes, trocaron en amable y suave de vivir la vida áspera e inculta; y los que con graciosos beneficios ganaron la memoria y el agradecimiento de los hombres. Y desde esta inalterada beatitud él siente como crece cada día más la simiente que dejó sembrada en su tierra:

Posteritate suum crescere sentit opus.

Conoceis el país donde florece el limonero? En donde la naranja, entre el follaje sombrío madura su oro? A la interrogación de la Mignon goethiana son muchos los que dirían que es Mallorca este país. Lucrecio, el cantor de los templos serenos de la sabiduría antigua, con una imagen augusta, tomada del viejo Ennio, dijo de los mortales que arribaban a la vida, que arribaban a las divinas riberas de la luz: *Dias in luminis oras*. Quien ha nacido en Mallorca puede decir con entera verdad que ha llegado dos veces a las divinas riberas de la luz. Allí en el aire de cristal suena una lengua que tiene sonido y transparencias de cristal. Mistral dijo en memorable ocasión que estas transparencias eran mediterráneas claridades. Por el camino del mar nuestro, en donde el sol moja su lanza y la luna derrama su lumbre y sus sueños blancos arribaron los bajeles de don Jaime el Conquistador. Ellos con las fajas de sus estelas nos ataron a la península y a su historia; y más que ninguna otra suerte de ataduras es suave y fuerte e indisoluble este temblante abrazo de amor. Las estelas rielantes son como las guirnaldas de rosas con que Armida encadenó los fuertes brazos de Rinaldo. Ellas nos llevaron la cruz y nos llevaron la lengua. La Cruz queda y la Lengua queda y no estéril ciertamente, sino bella y fértil en hoja, en flor y en fruto. Hijo de esta civilización es el que ahora os habla. El primero de los míos aquí; pero allí el último de los míos.

En medio del mar de las Sirenas, de los errores de Ulises y de Eneas, el mar de las Ideas y del Evangelio, el mar de Roger de Flor y de Roger de Lluria ; aquella isla que los geógrafos griegos calificaron de bienaventurada, os espera, tendida sobre las aguas recortada y precisa con la pureza y con la elegancia de una hoja de acanto clásico. La hospitalidad, virtud antigua, al emigrar del mundo, marcó allí sus postreras huellas. Todavía allí la encontraréis, cana y casta, pródiga de corazón y no escasa de manos. Porque mi tierra es aquella tierra de la cual puedo decir, recordando a Musset, que si al andar por ella perdéis el camino, al preguntar por el camino os encontraréis con un amigo.

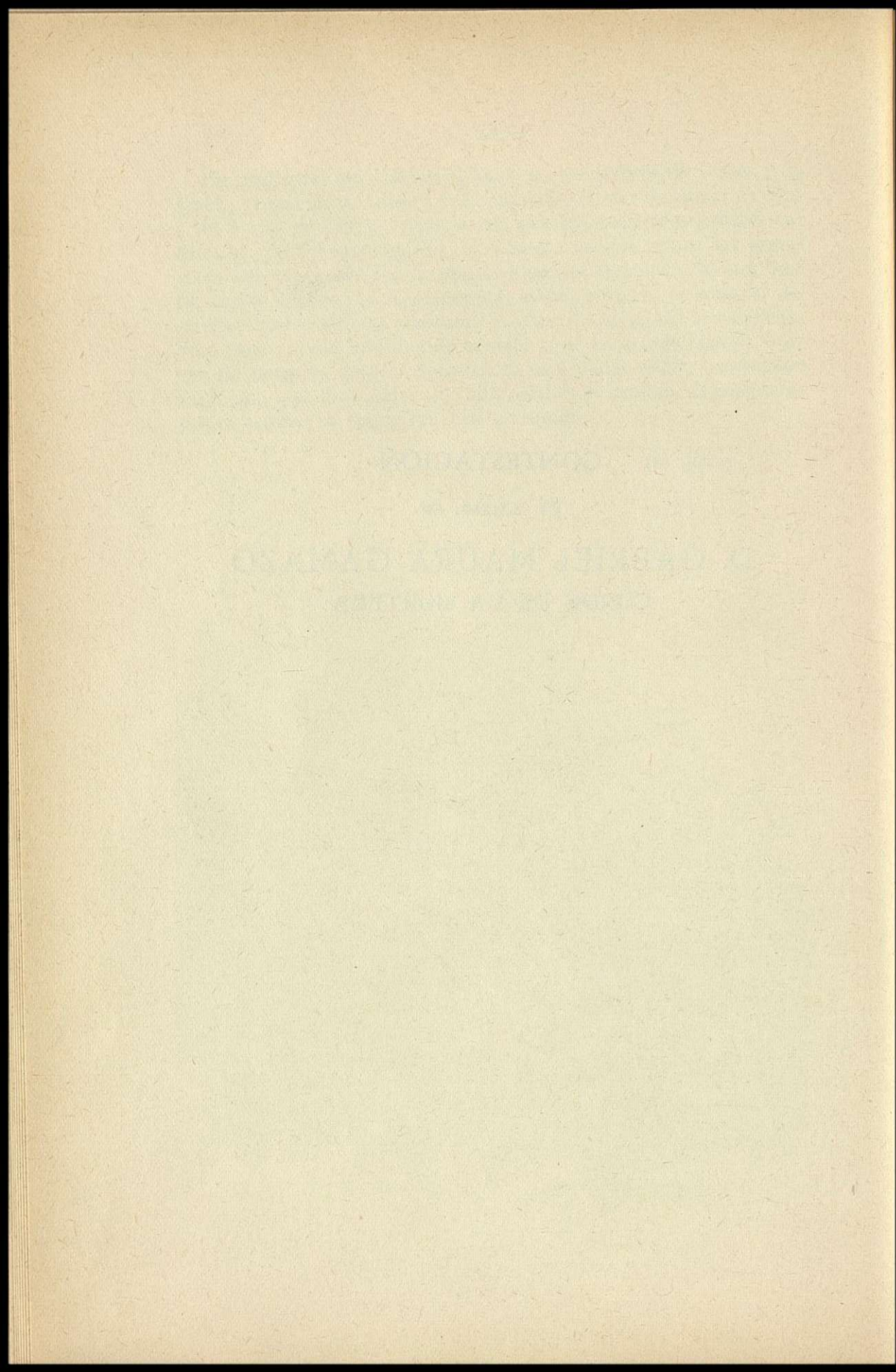
He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SR.

D. GABRIEL MAURA GAMAZO

CONDE DE LA MORTERA



SEÑORES ACADÉMICOS :

Fué precisamente en Mallorca, junto a la bahía palmesana, frente al caserío de la capital, sobre cuyo apelmazamiento de ciudad murada culmina, con protagonismo que no es sólo arquitectónico, la mole ingente de la catedral, feliz realización de la votiva ofrenda del Rey conquistador que descolló también, física y moralmente, sobre sus contemporáneos ; fué en Mallorca, digo, una mañana del pasado diciembre, tan suave y luminosa como pueden serlo en Castilla las de mayo, acariciado por la tibieza de la brisa y seducido por la entonadísima gama de los azules, apenas quebrada ya por los verdes y todavía no por el blanco pulquérismo de los almendros en flor, donde, al hojear sin curiosidad un periódico, breve y censurada crónica de las gestas cotidianas de los hombres, de la que no creí poder esperar emoción ninguna comparable con la que generosa me ofrecía naturaleza, perennemente emuladora allí de los más renombrados panoramas mediterráneos : la bahía de los Angeles, la *riviera* lígur o el golfo napolitano, fué cabalmente entonces, cuando me saltó a los ojos y me hirió en el alma la noticia de la muerte de *Andrenio*.

Pocos días atrás, departiendo con él en esta misma Academia, había escuchado de sus labios que se afanaba por terminar pronto el discurso de contestación al de ingreso en élla de nuestro electo colega regional, el mallorquín Mosén Lorenzo Riber.

El dolor por la pérdida de Gómez de Baquero no renovó tan sólo en mi ánimo la incesante laceración con qué, harto más que mediado ya el curso de la vida propia, vemos día tras día apagarse las ajenas coetáneas y diezmarse la promoción con la que nos tocó seguir, en amistosa camaradería, la militar carrera de nuestro paso por el mundo. Las singulares cualidades que en el fallecido concurren, daban a su desaparición luctuosa transcendencia de pérdida colectiva. También las letras españolas quedan mutiladas cuando las arrebatara la muerte un crítico insuperable.

El ejercicio de esa docencia social que incumbe a la crítica, no sirvió nunca a *Andrenio* de cómodo pretexto para desahogar personales atrabilis, para imponer con pedantería de dómine su pe-

cular criterio estético, ni para dar que reír a los lectores a costa del tímido novel o, con fruición más malévolá aún, del caballero encanecido en lides literarias.

Nuestro hidalgo colega interpretaba y cumplía de muy otro modo la noble misión que su vastísima cultura y el decanato de la edad le autorizaron para asumir ante el público menos docto o los escritores más jóvenes. Fué el guía erudito y sagaz, que, amable y desinteresado, acompaña al viajero por el mundo del espíritu y le señala, con discreción y mesura, bellezas y fealdades, aciertos y descarríos, coincidencias y contrastes, a fin de que aproveche a quien vió menos o no aprendió tanto, el caudal de saber acumulado por su experiencia de perpétuo e infatigable explorador de las ideas científicas y artísticas de la edad en que vive, relacionándolas con las pasadas y con las que como venideras se barruntan. Cuando en el desempeño de esa función se gana merecida autoridad, y se la eleva a práctico magisterio, austera y atinadamente ejercido, el mayor quizá de los relevantes servicios que se pueden prestar al bien moral público, consiste en contraponer, con eficacia indefectible entre los bisoños, el estímulo alentador del maestro a la incomprensión o la rutina del vulgo, causa constante de desmayos enervadores, abandonos suicidas o torpes transacciones estéticas y aún éticas.

No había yo menester de escribir tanto para persuadiros, señores Académicos, de lo que sabíais de antemano, y es, que mi presencia en esta tribuna durante la solemnidad de hoy no habría podido reemplazar en ningún caso a la de Gómez de Baquero. Si le cometísteis el honroso encargo de llevar esta tarde la voz de la Academia, fué porque lo solicitó así nuestro nuevo compañero, incapaz de olvidar y, siendo quien es, de no agradecer, la afectuosa solicitud con que *Andrenio*, sin conocerle personalmente, alentó desde las columnas de la prensa madrileña sus trabajos de principiante, encomió los del escritor maduro después, y señaló a la distraída atención de su público un nuevo valor de las letras catalanas, que, dialectales o no, son tan genuinamente españolas como las castellanas y tan partícipes y colaboradoras como ellas en la mayor gloria de la patria común.

No conocen los hijos de Adán los consejos del muy Alto, según escribe sentenciosamente el Arzobispo historiador, y hemos de acatar humildes el designio divino por obra del cual, no se logró nunca que el abrazo de la amistad sellase efusivo la estrecha simpatía literaria anudada hace ya algunos años y tan sólo episto-

larmente mantenida entre Lorenzo Riber y Gómez de Baquero. Pero plugo a la clemencia del Omnipotente conservar intacto el privilegiado cerebro de *Andrenio*, hasta la víspera casi del día en que le postró exánime la cruel enfermedad que minaba su existencia, y permitirle cumplir, en buena parte, este para él gratísimo deber académico.

La gentileza de sus deudos puso a nuestra disposición la docena y media de cuartillas en que nuestro compañero había comenzado a escribir el discurso que destinaba a ser leído en el acto de hoy.

Cuando cupiese en mí la petulante necedad de pretender sustituirlo por otro, no me perdonaríais que os privase del regalo de la lectura de esas cuartillas, máxime cuanto que la fácil pluma y el terso estilo del autor han permitido darlas a la imprenta sin una corrección póstuma.

He aquí, pues, lo que le habrías escuchado :

«El maravilloso discurso que acabáis de oír es el mejor retrato literario que pudiera hacerse de nuestro nuevo compañero. Viene al caso aquella sentencia : el estilo es el hombre, tan repetida por lo expresiva, que formuló uno de los hombres insignes en Ciencias y Letras que decoran el Gran Siglo de Francia. Pensaba Buffon que el estilo es la proyección literaria de la personalidad, el espejo donde se reflejan la cultura, el talento y el carácter. Como en bello espejo de plata veo dibujarse en la pulcra prosa castellana de su discurso el perfil estético, intelectual y moral de Mosén Lorenzo Riber. Le elegimos como representante de la lengua catalana en su variedad baleárica. Después de escucharle, el selecto concurso que hoy nos acompaña pensará sin duda que por iguales títulos pudiera la Academia elegirle como uno de sus miembros de lengua castellana, pues tan artísticamente la cincela y tal dominio muestra de sus más delicados matices.

»Lo primero que veo en aquel espejo es al humanista. No solamente al humanista en sentido material, al hombre empapado en las letras griegas y latinas y familiarizado con la erudición antigua, sino al heredero del espíritu, del amor filológico, de la pasión por la lengua, archivo del espíritu, que animaba a los claros varones, como el Petrarca y el Poggio, que en la aurora del Renacimiento perseguían los manuscritos antiguos con ilusión de argonautas y amaban la belleza de la palabra cual se ama la hermosura de la mujer elegida. Hasta la elección de Aguiló, *gran collidor de mots*

como le ha llamado Rovira y Virgili, por asunto de su discurso, manifiesta este encendido amor a la palabra tan propio del humanista. Amor que no es exclusivo aunque se caldee con ternura entrañable al emplearse en la lengua vernácula, para la cual es amor de hogar, sino que se extiende a las lenguas sabias, a los otros romances peninsulares y a las otras hablas de la Romania, con un sentido de universalidad que es otro rasgo del humanismo. Hasta se observa en los escritos de D. Lorenzo Riber una fina delectación italizanizante que parece rasgo heredado de la época y de la cuna del humanismo.

»Además de ese perfil delicado y sabio del humanista, sabedor y enamorado de las Letras, otros rasgos se dibujan en ese espejo alegórico que es el discurso de nuestro nuevo compañero. Vemos dibujarse al poeta, al gran poeta mallorquín que mereció la corona de Mestre en Gay Saber. La fastuosidad de las imágenes, las bellas metáforas que esmaltan aquel trozo selecto de elocuencia y la palpitation lírica de la prosa de Riber, hacen de ella una acabada muestra de esa moderna prosa lírica, que es en las literaturas contemporáneas como el desquite de la poesía, la cual, expulsada por la ola ascendente de la prosa de muchos de sus antiguos dominios, invade a su vez aquel lenguaje y planta en él sus flores. Lo propio de la poesía es el lenguaje figurado, su método de expresión la metáfora. Esto la distingue más que las cadencias y medidas rítmicas.

»Todavía quiero yo ver más cosas, más rasgos personales en el espejo. La ternura y emoción con que habla Mosén Lorenzo Riber de las personas y las cosas unguidas por la consagración del sentimiento nos hablan de su sensibilidad afinada y de la nobleza moral de su carácter. Hasta el genio particular del hagiógrafo se trasluce, bien que menos visible, en la unción suave, natural, sin afectaciones mogigatas, con que se expresa al tratar de las cosas venerables. En suma, pienso que el discurso está empapado de la personalidad del autor en sus diversos aspectos. Nos habla de Aguiló, mas al lado de esta figura del fundador del renacimiento catalán su propia silueta se dibuja, como sí el historiador se convirtiese en compañero en la excursión retrospectiva.

»Pálido será lo que yo pueda añadir a lo que sugiere el discurso. En él están el colorido y el alma del retrato: el reflejo de la personalidad.

»Lo que yo quiero añadir brevemente es el contorno biográfico, el itinerario de la carrera literaria de Mosen Lorenzo Riber y

el recuerdo de su labor numerosa y varia, huerto espiritual donde se juntan las delicadas flores de la inspiración poética y los dorados frutos de una madura erudición.

»Una muestra del lamentable apartamiento en que han vivido las lenguas y literaturas peninsulares es que este alto poeta, este fino humanista, este hagiógrafo que ha redorado con la magia de un estilo moderno, e ilustrado con la erudición histórica, las viejas páginas de la Leyenda de oro, era desconocido en Madrid cuando ya en su tierra natal y en el ámbito de su lengua materna había conseguido las más altas distinciones literarias. Fué menester que empezáse a publicar en un gran diario de la capital, en *El Sol*, las afiligranadas prosas que firma con el pseudónimo de Roque Guinart para que la curiosidad pública se preguntase quién era el incógnito escritor que se ocultaba tras el nombre del bandido caballeresco y generoso que sacó Cervantes al mundo de la ficción en la segunda parte del Quijote. ¿Quién es Roque Guinart?, se preguntaban los lectores de más ejercitado gusto, barajando hipótesis de nombres conocidos en las letras. Averiguóse al cabo el nombre verdadero que velaba la máscara del pseudónimo cervantino y por el prosista castellano vino a ser conocido entre nosotros el literato mallorquín, *arcades ambo*, gemelos en perfección y maestría.

»Aunque Mosén Lorenzo Riber está en la fuerza de la edad

nel mezzo del camin di nostra vita

y no ha doblado el cabo de la ancianidad en que se acumulan los recuerdos, y la existencia del hombre va entrando en la historia, si encierra argumento para ello, no faltan materiales para trazar su biografía o su semblanza. Conozco las *Notes per una biografia*, de Guillem Colom, leídas en Campanet, el 25 de Julio de 1928, con ocasión de ser proclamado el Sr. Riber hijo ilustre de aquella villa. Algún particular biográfico contiene también el bosquejo crítico de Joan Alcover, pórtico literario del primer libro del nuevo académico: *A Sol ixent. Aplec de poesies juvenils*, impreso en Mallorca en 1912. Pero sobre todo debemos al propio poeta algunas auténticas rememoraciones de los años primeros, recuerdos de infancia y de juventud de alto valor autobiográfico y literario que pueden contarse entre las más sentidas y más bellas páginas que trazó la pluma del autor.

»La vida de nuestro amigo se nos ofrece en estos momentos como una existencia serena y apacible que se ha desarrollado en

el sosegado ambiente de las bibliotecas y a la sombra del altar, la vida de un *clerc* de la Edad Media o de un humanista del Renacimiento de los que, sin rehuir el trato de los hombres, prefirieron el de los libros, y se acostumbraron a la conversación con las sombras augustas de lo pasado. Lorenzo Riber es un verdadero *clerc* moderno, ya que la vieja palabra medieval vuelve a entrar en el torrente circulatorio del lenguaje, para designar a los hombres consagrados al servicio de la inteligencia. Mosén Riber lo es en los dos sentidos: hombre de Iglesia y hombre de Letras.

»Una vida estudiosa, que se ha deslizado por su mayor parte entre libros y ocupaciones espirituales, no ofrece el resalte ni el movimiento dramático de las existencias lanzadas a la acción y a la aventura. Con todo, creo que podría escribirse una biografía novelada de Mosén Lorenzo Riber, una de esas vidas *romancées* que ahora se han puesto de moda en Francia y aquí tratan de imitarse con varia fortuna, y que si no el tumulto de la acción ofrecerá en este caso el interés de una biografía psicológica. Mi intento es más modesto. Se reduce a compendiar brevemente los pasos de la carrera literaria del nuevo académico regional. No puedo aspirar a una exacta y animada semblanza, entre otras razones, porque hasta el día de hoy Mosén Riber y yo éramos dos amigos lejanos, que sólo tenían la comunicación espiritual de la correspondencia epistolar y no se conocían en la relación inmediata del trato personal.

»Don Lorenzo Riber y Campins nació en Campanet el 14 de Septiembre de 1882. El nos habla de sus humildes orígenes, y los decora con una intensa poesía que aventaja al más brillante de los blasones heráldicos, en las *Evocaciones de mi vida escolar*, publicada en *El Sol* y que se cuentan entre sus más hermosas páginas. Oigámosle:

» «De aquellos que de las oscuridades del no ser se asomaron a la vida, Lucrecio dice que arribaron a las divinas riberas de la luz: *dias in luminis oras*. Bajo dos conceptos yo llegué a las divinas riberas de la luz: nació y nació en Mallorca.

» »Nací de padres muy pobres. ¿Conocéis el bello idilio *La Prouvidenci*, de Federico Mistral? El personaje provenzal —provenzal y de todas las latitudes— *Manjo quand l'a*, sin más haber que unas bragas únicas y sin más candela que el sol que empapa de oro cálido los viejos muros, pide y obtiene sin dificultad, la mano de la linda Couloumbino, que se peina con un cardo y no tiene más espejo que el cristal de la fuente fresca. Los novios, risueños, muestran alegre la cara al porvenir, confiados en la Providencia

que cuando da vida a un gazapo siembra también para él una cerraja.

» «Un idilio, como este idilio provenzal, fuerte y sano, lanzóme al Mundo, seguro de la cerraja providencial, y como aquel huerfano de Verlaine : *Riche de mes seuls yeux tranquilles* ».

» En estas *Evocaciones* recuerda el autor con emoción no contenida, sus correrías infantiles por los campos : verdes triguales, habares floridos, almendros de hoja fresca y reluciente, busca de los nidos, y la voz imperiosa e implacable de la campana llamando al niño a la Escuela, obligándole a salir de aquel Edén silvestre, de aquella otra Escuela deleitosa de la Naturaleza, que los franceses llaman *buissonnière* y que a veces enseña más que el aula a la infancia tierna, preparada para la intuición mejor que para las nociones. Y la Escuela instalada en la Casa Consistorial, de donde sale el murmullo de las voces infantiles recitando la canturia aritmética o las capitales de provincias. Y la liberación de la salida tumultuosa del rebaño pueril, que no es sólo la vuelta a la libertad y al aire libre, sino también el retorno a la lengua familiar y conocida.

» «A nuestros labios —dice Riber recordando— venía la lengua autóctona y libre y proclamábamos su triunfo con una ensordecedora algarabía. ¡Como los bellos nombres tópicos que se han hecho una sola cosa con los parajes que nombran, como los fósiles que son una sola cosa con la roca, nos hacían olvidar los nombres que habíamos cantado y que habían resbalado por nuestros oídos como un agua sonora! Y los vocablos vernáculos, sabrosos como el pan y ricos para nosotros de sentido y de sugestión, ¡de qué manera nos hacían olvidar los otros prestados y superpuestos con la misma facilidad con que se deja un vestido o con que el viento se lleva una hoja! »

» Tras aquellos años de infancia campesina, tan poéticamente evocados, llega la adolescencia. A los catorce años está Lorenzo Riber en el Seminario de Mallorca. Entonces al encanto de la Naturaleza sucede la seducción de los libros. Habíase ésta iniciado en la niñez. Nos lo cuenta no Roque Guinart, sino R. Campfullós, otro pseudónimo de la misma persona, en otro bello artículo de recuerdos titulado *Historia de tres libros*. Fueron los primeros que hicieron vibrar su espíritu. El uno el Salterio de David, abierto al azar en casa de un amiguito, por aquel pasaje del Salmo 113 que dice : «Cuando Israel salió de Egipto, cuando la casa de Jacob salió de tierra extranjera. El mar le vió y huyó; el Jordán volvió

atrás. Los montes brincaron de gozo como carneros y los collados como corderitos». El infantil lector quedó «con la frente llena de ensueños» como si dentro de él revivieran aquellos prodigios.

»El segundo, ya en el Seminario, contenía los Tratados filosóficos de Cicerón. Era un tomito impreso en Lyon en el siglo XVI, cuyas hojas con el tiempo habían tomado «color y olor de panal». Dejábase llevar el lector del encanto de las Cuestiones Tusculanas, cuando sintió que unos recios dedos le aprisionaban la oreja y que una voz reprensiva le decía: *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini*. (Porque no conocí la literatura, entraré en las potencias del Señor). Y era precisamente el catedrático de Literatura el que con aquella admonición le disuadía de la lectura del maestro de la elocuencia romana.

»El tercero fué *Tirant lo Blanch*, el libro de Caballerías de Cataluña, y no por las razones que expone el cura en el escrutinio de los libros de Don Quijote. Lo que se le adentró en las entrañas no fueron las travesuras de la doncella Placerdemivida, ni los celestineos de la Viuda Reposada, ni aquel asomo de pasión antigua y trágica de la Emperatriz. Fué Carmesina llorando sobre el cuerpo exánime de Tirante el Blanco. «—Y cuando la princesa, al sentir aproximarse su fin, ordena su alma y confiesa sus pecados públicamente, pecados de sobrado amor, que no son ciertamente los más difíciles de perdonar, el lloro fué tan irrefrenable y abundoso —nos dice el lector del *Tirant*—, que hubiérase dicho que se rompió dentro de mí la urna del llanto con que nacemos todos a la vida.»

»Estos tres libros dejaron su surco. Marcaron, como dice el autor de esta confidencia, la dirección triangular de sus actividades literarias: la poesía de los libros santos, la clásica literatura latina y el inextinguible amor a la literatura catalana.»

No añade más la límpida prosa de *Andrenio*, quien, como lo hizo constar ya nuestro insigne Director, dedicó así a esta Academia los postreros alientos de su vida.

A falta del consuetudinario «He dicho», que el autor no llegó a escribir, la garra descarnada de la muerte trazó en signos conminadores, junto a las armas espirituales arrancadas a la mano desfallecida, el épico «Nadie las mueva».

No seré yo quien ose irreverente la impía desobediencia. Pero lamentaré con vosotros que el ingenio sutil de Gómez de Baquero no haya podido mostrarnos a Riber, desconocido hasta entonces, re-

velándose a los veintiun años altísimo poeta, ganador, con Gabriel Alomar y María Antonia Salvá, de los premios de aquel célebre torneo poético de 1903, que iniciara el renacimiento literario mallorquín; triunfo resonante que consagraron después, una y otra vez, supremos galardones obtenidos en los juegos florales de Barcelona, por el que era ya a la sazón catedrático de retórica y poética en el Seminario de Mallorca.

Sólo un cicerone de la maestría de *Andrenio* os podría guiar ahora a través de la obra monumental del escritor, iniciada en 1913, cuando Mosén Lorenzo se establece definitivamente en Barcelona y se aplica a demostrar que para la ginecología del espíritu no existen, como para la fisiológica, limitaciones de tiempo ni de espacio. En poco más de quince años vierte Riber a la lengua catalana, amén del *Misal romano*, *La humildad* y la *Práctica progresiva de la confesión* de Beaudemon, *Las glorias de María* de San Alfonso Ligorio y el *Espíritu de San Francisco de Sales*, del Obispo de Belley, que consta de nueve volúmenes; traduce en endecasílabos libres *La Eneida*, y completa la versión catalana de Virgilio publicando a seguida, rimadas también, *Las Geórgicas* y *Las Bucólicas*. Más tarde, traduce, con su habitual galanura de estilo, la *Conjuración de Catilina* de Salustio, tres *Discursos* de Cicerón, las *Obras menores* de Tácito y las *Sátiras y Epístolas* de Horacio.

El hagiógrafo halla vagar para escribir mientras tanto la *Vida y obras del Reverendo Maestro y bienaventurado mártir Raimundo Lulio*, y para narrar en seis volúmenes las edificantes biografías de los *Santos de Cataluña*, Mártires, Doctores, Patriarcas y Fundadores.

El poeta original cincela, con el título de *Les Coronas*, un himnario de Vírgenes y Mártires; y el prosista primoroso reúne tradiciones legendarias bajo el epígrafe *Els camins del Paradís perdut* y trabajos dispersos, apologéticos, biográficos e históricos, con el rótulo de *Viatges a l'altre món*.

Por si todo esto fuese poco, Ramón Campfullós en *La Veu de Catalunya* o el *Diario de Barcelona*, y Roqué Guinart en *El Sol*, madrileño, acreditaban, en el interín, su magistral dominio del difícil arte de la crónica periodística.

Con razón escribía así Gómez de Baquero, en marzo de 1927:

«La elección de Mosén Lorenzo Riber no ofrece sólo la justificación aneja al reconocimiento de méritos literarios eminentes.

Ha sido una elección modelo bajo otro aspecto, elección rara si se atiende a la pugna de solicitudes que suele haber en la provisión de los sillones académicos.

»Esta vez los honores académicos, que algo pierden de su valor al ser afanosamente pretendidos, han ido a buscar en su estu- dioso retiro del Ateneo de Barcelona, al poeta y al erudito que no los había buscado y que, al enterarse del designio de los que pen- saban presentarle, quería ceder el paso con noble modestia, a otro gran poeta mallorquín, también escritor excelente en castellano, a Gabriel Alomar, no menos digno de la metafórica inmortalidad que se atribuye al ingreso en la Academia».

Se ha cumplido, pues, sustancialmente, Señores Académicos, a despecho de la muerte, el encargo que conferísteis a *Andrenio*. A mí sólo me resta dar forma protocolaria al saludo colectivo, cor- tesía para la cual creo poseer títulos singulares, cuyo otorgamien- to he de atribuir a los hados, puesto que monarcas absolutos un tiempo en todo el mar latino, alguna prerrogativa conservarán de su derrocado poderío.

Llevo yo el apellido de aquel sacerdote ejemplar que, decli- nando canongías y mitras, consagró su no corta existencia a regir lo más acertadamente que supo ese Seminario de Mallorca, donde se habían de formar en su tiempo, entre otros esclarecidos varones, el prelado Campins y el académico Riber.

Llevo el apellido, y aun el nombre, que me transfirió al apadri- narme en la pila bautismal, de aquel literato mallorquín, miembro del jurado de 1903, presidido por el inolvidable Juan Alcover e in- tegrado por Ramón Picó y Juan Palou y Coll, que proclamara al aún desconocido Mosén Lorenzo, maestro en la gaya ciencia.

Debo el ser a uno de los dos paisanos del nuevo académico que le precedieron en esta casa y a quien dedica en su discurso conmemo- ración tan piadosa, que ella sola habría bastado para tributarle sin- cera gratitud y naciente afecto.

Permitid Señores Académicos, que al dar en nombre vuestro la bienvenida a quien con el copioso esquilmo de su juventud nos trae, en su apenas alcanzada madurez, promesa halagadora de abundante cosecha de glorias colectivas, ponga en el saludo cere- monioso algún matiz de personal efusión para el hijo ilustre de Mallorca, que ha de ser entre nosotros representante de la tierra balear de que soy oriundo, portavoz y propulsor de la dulce lengua inmortal que hablaron y escribieron mis mayores.

